

**D**esde hace tiempo se viene hablando de la indisciplina laboral. Ausencias, llegadas tarde, salidas bajo cualquier pretexto, ausencia del puesto de trabajo, desvío de recursos, chapucería, mala calidad de la producción y de los servicios en general...

No faltan justificaciones, vamos todos echando la culpa: a derecha o izquierda, arriba o abajo; según la posición o cargo de cada cual. Llegamos a tal punto que todo el mundo está harto: harto de la ineficiencia y la irresponsabilidad... harto de productos de mala calidad... harto del mal trato y de la demora para cualquier gestión... sin hablar de la corrupción que asoma detrás de la sonrisa.

Todo el mundo se siente mal y todo el mundo trata de justificarse sin lograrlo. Cuando somos indisciplinados y chapuceros escuchamos una pequeña voz a veces nos censura bajito: "Vergüenza contra dinero" ¡pero sin éxito! Cuando nos toca sufrir los efectos de las indisciplinas, del mal trabajo o del maltrato de otros, esa voz se vuelve poderosa y grita con indignación lo mismo: "vergüenza contra dinero" ¡pero sin más efecto!

Así veo la situación de hoy, desde dentro, sintiéndome responsable o irresponsable como los demás, desde el ta-

ller donde trabajo hace muchos años, como desde la calle que me enseñó tanto; sin entrar en lo anecdótico: ¡¡duele!!

Administración y sindicato, prensa y televisión; hablan a menudo de ese problema, proponen más y mejores controles. Ninguna sociedad puede prescindir de ellos. Pero vemos que a más controles más trampas para darle la vuelta.

Tampoco basta con apelar a la conciencia o a la vergüenza aunque puntualmente resultara. Los cristianos al igual que mucha gente son sensibles a ese argumento. Pero no resuelve, todo queda a ese nivel de los sentimientos. Eso no quita que siempre necesitamos de ejemplos, de modelos, de ideal...

La solución está más allá de la disciplina, de los reglamentos y de los sentimientos nobles. Las bases de la Autoridad están en juego: ¡tal parece que observamos la Autoridad para darle mejor la vuelta!

Max Weber decía que la base y fuerza de la autoridad es proporcional a su legitimidad para los que viven bajo ella o la acatan, o si se quiere, proporcional a las contrapartes o bienes que les proporciona esa autoridad.

Es una ley social no física ni matemática, no es autoritarismo ni imposición, ni voluntariosa ni idealismo.

Nuestra sociedad garantiza un amplio abanico de bienes socializado, a nivel de todo el país y para todos: gratuitos o casi gratuitos o subsidiados. No lo puede negar nadie, como tampoco se puede negar su falta de calidad, su cantidad o las trabas existentes...

A fuerza de reconocer que esa contraparte muy real de bienes reales como salud y educación no bastan para legitimar plenamente esa autoridad a todos los niveles de la sociedad, aún cuando a diario se apele a ellas.

El que no trabaja, busca un trabajo y lo va a cuidar respetándolo solamente si ese trabajo le permite construir un proyecto de vida y mejorar su situación social y familiar.

Por desgracia esa última contraparte, esos bienes sociales, también dependen más del "trapicheo" que del trabajo disciplinado, y allí se podrían encontrar miles de ejemplos. Toda esta problemática podría ser objeto de diálogo entre nosotros.

En lo social nada es automático y además el margen de maniobra es estrecho por muchas razones y limitaciones que conocemos: la situación económica nacional e internacional.

Δ

# De la esquina del taller

Por HERMANO MARCELO